

Cincuenta años llevan en Rentería

los Hermanos del Sagrado Corazón

Todo parecía seguir igual... Atravesé las enormes puertas, seguí por el corredor siempre sombrío, contemplé aquellos dos pobres arbustos que, maltratados, nunca han de llegar a ser árboles; los encontré más desgarrados, pero siempre alerta. Me pareció que, mecidos, por el viento, me saludaban y como reconociéndome, me invitaban a pasar.

¡Cuánto debían saber aquellos arbustos! Varias generaciones infantiles han pasado junto a ellos y les han mortificado continuamente; pero ellos, sin molestarse por nada, como celosos guardianes, les han vigilado constantemente. Por la mañana les han visto entrar medio dormidos pero apresurados, para que no figure ningún «retraso» en las notas semanales; a media mañana les han visto salir saltando y brincando con la pelota o el balón bajo el brazo, ilusionados para jugar en la Alameda Grande o en la pradera junto al río, su diario partido; han oído entre la algarabía sus comentarios, y siempre se han enterado quién era «el mejor» en cada especialidad deportiva. Al atardecer, una vez terminada la tarea, les han visto marchar en fila siempre, y acompañados por los Hermanos. Luego, al anochecer, han sentido unas veces al Hno. Durán, otras al Hno. Valero o al Hno. Prudencio, que bajaba a cerrar las puertas; y cuando volvía a renacer el silencio en la noche, cuando todos se habían marchado, ellos seguían allí vigilantes...

Me pareció oír también, aunque algo lejano entre el golpear de los telares, el murmullo del rezo del Rosario que musitaban las obreras en la parte baja del edificio.

Este, sigue lo mismo; parece como escapado de un dibujo caricaturesco de Chumy o de Munoa, siempre recto, como acartonado, pero con sus innumerables ventanas cuadradas y «eternamente» grises.

Empecé a subir las desvencijadas escaleras, y empecé a subir las despacio; al principio una por una, pero no sé si por la inveterada costumbre terminé haciéndolo de dos en dos, hasta que vi arriba al Hno. Teodoro que me esperaba.

El Hno. Teodoro: enfundado en su negra sotana, cuerpo menudo, pero de alma grande. Con su rostro afable, de ojos vivos siempre atentos que se clavan cuando inquietan, pero que sonríen cuando hablan; ojos, como avezados a leer en el alma de los niños; ojos, rodeados por unas gafas de concha que le dan prestancia de Hno. Director, pero que dejan entrever tras los cristales al padre bueno, acostumbrado a perdonar todas las travesuras y debilidades infantiles.



EL HNO. TEODORO

Pasamos al recibidor. Una habitación completamente cuadrada, amueblada con austeridad cartujana: cuatro sillas, una mesita, y... fotos de los distintos cursos colgando de las blancas paredes.

Y... empezamos a charlar.

—¿Desde qué año están los Hermanos en Rentería?

—El año 1903, el Gobierno Combes decretó la expulsión y la expropiación de bienes de la Orden en Francia, y aquí llegaron por Hendaya unos cuantos Hermanos, justamente con lo que llevaban puesto. Fueron a parar a una casa existente en la calle Viteri, donde ahora está instalada la Tintorería One-

na, y allí empezaron a dar clases de francés. Pasado cierto tiempo, marcharon a San Sebastián a un edificio situado junto al actual Gobierno Militar, volviendo a Telleri-Alde el año 1913, donde fundaron la Casa de Formación. Ese gran caballero que se llama don Tomás Gastaminza, por entonces Gerente de la Fábrica de Tejidos de Lino, preocupado ya, en aquella época, del problema de la Enseñanza en aquel Rentería de cuatro a cinco mil habitantes, hizo que nos instalásemos el año 1918 definitivamente en este edificio. Ahora precisamente se cumplen, pues, 40 años de la verdadera fundación de este Colegio.

—¿Cómo se desenvuelven en este edificio?

—El inmueble —me dice el Hermano Teodoro— es muy reducido para el número de alumnos que acuden a nuestras clases. Los patios, desde el tiempo de la desaparición de la Alameda Grande, son insuficientes; el aumento de matriculas es incesante, no pudiendo admitir todo el contingente estudiantil que llama a nuestras puertas.

—¿Solución para este problema?

—La construcción inmediata del nuevo Colegio. Todo Rentería tiene interés en ello. Andamos buscando la fórmula económica que resuelva cuanto antes este grave problema de la iniciación de las obras del edificio, que será orgullo de la Villa y de los pueblos limítrofes.

—¿Me podía Vd. anticipar algunos detalles del nuevo Colegio?

—Los terrenos, ya adquiridos, son los denominados de «Gaztañedi» y enclavados en el Barrio Castaño. La superficie del terreno es de 12.438 metros cuadrados. Será un Colegio que tendrá cabida para 800 alumnos. Nos concretaremos en principio a la Enseñanza Primaria, Comercial y Bachillerato Elemental.

—Después de los recientes éxitos obtenidos en Anoeta, ¿piensan dedicar muchos metros a las pistas de los futuros campeones olímpicos?

—La nueva instalación, que con razón podrá llamarse el «Sanatorio» de Rentería en el aspecto deportivo, dedi-

cará 4.800 metros cuadrados a los futuros atletas. Puede Vd. anticipar que para el curso próximo estarán los patios ya terminados para toda clase de deportes.

—Una última pregunta, ¿qué opina sobre la formación de una Hermandad de Antiguos Alumnos del Colegio?

—Me parece una idea muy halagüeña y de unos resultados formidables. Hermandades como la que Vd. señala funcionan ya en Zaragoza, Vitoria y San Sebastián. Es una ayuda muy interesante en todos los órdenes de la vida civil, tanto social como religiosa. Aparte de ser muy simpáticos esos actos de Hermandad, son convenientes y hasta necesarios. Yo, desde luego, recojo la idea y de momento me conformaría con una Junta de Antiguos Alumnos que

fuera forjando poco a poco la Hermandad, que coadyuvara a la rápida construcción del nuevo Colegio para, en su día, terminadas las obras, poder ofrecer a la misma un local adecuado para su legal constitución y sus futuras reuniones.

Y con esto termina mi charla con el Hno. Teodoro, a quien reclaman sus obligaciones. Un apretón de manos pone fin a esta sencilla, pero cordial entrevista.

Al bajar la escalera me pareció oír, como antaño, aquel rotundo «¡Bajen despacio!» que nos lanzaba el Hno. Valero. Pero..., debía ser una ilusión... Allí arriba, el Hno. Teodoro seguía sonriendo...

RAMULEI
del G. M. Urdaburu.



Errenteri begikoari



Oo Errenteri biotzekoa,
ara zure aitormenak,
Zu oso nekez aztutzen zaitu
ezagutzen zaituenak.
Asko baitira irakurtzeko
gogo bizitan daudenak,
Zuri eskeñi nai nizkitzuke
nere bertso xamurrenak.

Zer ezkutu da, O, Errenterik,
berekín gordetzen duna,
Iman zati bat ba- du gordean
bereganatzen gaituna.
Lenago ere toki askotan
izanagatik entzuna,
Ori aldea urte gutxian
oraintxen egin dezuna.

Errenteri'ko seme leialak
ainbat lan egin bearrez,
Beren tximini luze, tenteak,
bete dituzte su-garrez.
Erriko sallak gañezka daude
fabrikaz eta tallerrez,
Zu ainbat indartu dan erri bat
billatzen ezta aín errez.

Gau Errenterik Gipuzkoarron
aitormen on bat bear du,
Urte gutxitan arrigarritzko
aurrerakoa eman du.
Lanetik degu etorkizuna,
tan lan-tokiak ugaldtu,
Baña izate jatorritzko
arren, etzazula galdu!

Festa egunak iritxi dira
pozgarri bezin alaiak,
Erri maitale izan zaitezte
Errenteriko anaiak.
Maita guraso zarren izkuntza,
berdin oitura garbiak.
Beti zutiñik iraun dezala
Xenpelar baten kabiak.

Faizkibel mendiaren oñetan
zaude gozoro etzana,
Ainbeste seme argi ta zintzo
gure lurrari emana.
Aín erri txalogarri bateri
ori da dagokiona,
Zuen artean bitez luzaro
pakea ta zoriona.

Zarautz, Garagarrilla'k 12-1958'garrena.

«Basarri»

Homenaje en ezpatadantza

Entre danza y gimnasia a lo divino
en cuya tesitura
el músculo profano
se torna litúrgico.

Lírica violencia, disciplina,
ofrenda sin materia
hecha sólo de forma, de perfiles,
de fugados escorzos.

Para los pies sin tregua del danzari
la tierra es sólo estribo inevitable,
alimento del brinco hacia el azul,
persiguiendo caminos
de oración y de pájaro.

GOISAGIA

GOISAGIA